

Llamadas cruzadas

Myrna Ortega

Un encuentro casual es lo menos casual del mundo.
Julio Cortázar

No hay duda, estamos rodeados de casualidades. El azar parece determinarnos, día a día, más de lo que imaginamos. El problema es que, por lo general, no percibimos cómo nos encontramos con quien teníamos que encontrarnos o cómo nos comunicamos con quién, de una u otra forma, teníamos que haber hablado.

Me acaba de suceder y sigo sorprendido por la magia que rodea al hecho. Hoy en la mañana, por motivos estrictamente

relacionados con mi trabajo que poco importan a esta breve crónica, telefoneé a la oficina de la directora general del Fondo de Cultura Económica. Tras explicarle el motivo de mi llamada, la secretaria que respondió al teléfono me pidió que aguardara mientras me comunicaba con quien lleva la agenda de la directora. Me dio el nombre de una mujer cuya voz aguardé pacientemente en la línea.

Efectivamente tardaron en responder un poco más de lo normal, pero yo aproveché los segundos para garrapatear algunas notas que tenía en mente y no puse demasiada atención a la demora. De pronto

escuché la voz grave de un hombre con acento que identifiqué como sudamericano. Las primeras palabras entre los dos, apenas pronunciadas, corresponden a aquellos momentos en que bien a bien no sabemos si vamos o venimos, si estamos respondiendo una llamada o en espera de que alguien conteste la nuestra. “¿Sí?, ¿diga?”, decíamos los dos más bien confundidos. “¿Quién habla?”, atiné a preguntar, suponiendo que la mujer que debía contestarme habría salido de su lugar, lo que me obligaba a tener que hablar con alguien más. “Aquí: Darío Jaramillo”, me respondió la voz.

Para Consuelo Sáizar, que propició un encuentro insospechado



El azar parece determinarnos, día a día, más de lo que imaginamos. El problema es que, por lo general, no percibimos cómo...

Bien sabía yo quién es Darío Jaramillo... es decir, el escritor. Aunque era muy poco probable que mi interlocutor fuera el mismo Darío Jaramillo. A lo mejor se trataba de un homónimo del colombiano porque, de no ser así, la única explicación de que me encontrara al teléfono con un destacado escritor, al que no había conocido personalmente aunque mucho había oído hablar de él a sus amigos, fuera que éste, ubicado distraídamente en la oficina de Consuelo Sáizar en México, hubiera levantado por equivocación un auricular que no le correspondía.

No parecía ser así. “¿De dónde me llama? Me parece muy raro que me hayan comunicado con usted, porque estoy en una clínica convaleciendo”, me dijo sin explicar nada más sobre el mal que le aquejaba y con su tono insinuó que no recibía llamadas así como así. “No, señor”, respondí, “perdone, pero yo no le llamé. Resulta que yo estaba a la espera de que me contestaran en la oficina de la directora del Fondo de Cultura Económica. Hablo desde la Asamblea Legislativa del Distrito Federal”. “Pero si yo estoy en Bogotá”, dijo mientras ambos calculábamos, sorprendidos, la distancia.

“Esto es verdaderamente muy extraño. Verá, soy escritor y director del banco...” y balbuceó algún nombre institucional que no alcancé a registrar pero que sonaba muy importante. ¡Entonces era, efectivamente, Darío Jaramillo, el escritor, desde Bogotá! “Más extraño me parece a mí, puesto que sé perfectamente quién es usted. Además resulta que mi marido no sólo lo admira y reconoce su obra sino que lo aprecia mucho” dije, por no afirmar tajante que eran lo que entre escritores, que se encuentran con gusto, aunque ocasionalmente, en congresos y ferias, a veces en alguna cena, que se leen y publican mutuamente, se

llama amigos. “De hecho estoy casada con Ignacio Solares.”

Entonces sí su exclamación de admiración fue mayúscula. Creo que hasta pegó un pequeño grito. “No es posible. ¿Usted es esposa de Nacho? Fíjese nada más la casualidad: resulta que precisamente ahora, en este mismo momento, tengo entre mis manos el último número de la *Revista de la Universidad de México* que abre justamente con un artículo de Sergio Pitól sobre mí.” Sólo eso faltaba para que ambos enmudeciéramos algunos segundos. “¿Cómo está Nacho?”

Creo que no le contesté nada relacionado con el bienestar físico o emocional de Ignacio. Más bien comenté algo sobre lo que habría dicho Julio Cortázar sobre lo que nos estaba sucediendo, tan atento como era a los encuentros casuales. Sin embargo, no dejaba de pensar que el artículo de Pitól menciona una y otra vez el tema del azar en los encuentros y desencuentros.

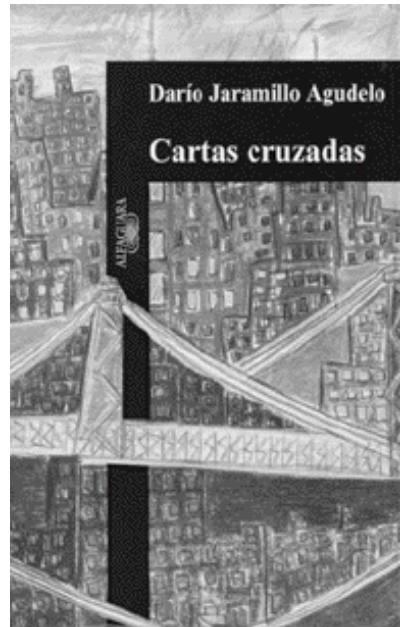
“¿Qué significa todo esto?”, me preguntó el autor de *Cartas cruzadas* “Supongo que significa que pronto estará usted muy aliviado y tendrá oportunidad de venir a México a saludarnos”, respondí segura de que el hecho tenía también muchos otros significados.

Colgamos después de hacer los comentarios de admiración que la ocasión requería. Yo estaba feliz de haber constatado una casualidad —a lo mejor un milagro— que demuestra la complejidad de la vida y, por supuesto, me prometí leer, a la brevedad, alguno de los libros que comenta Pitól. Mi día transcurrió sin más, con la normalidad acostumbrada, pero la anécdota en el teléfono lo iluminó de una manera particular.

¿No será que nos sucedió lo que cuenta el propio Darío Jaramillo en el artículo que escribió en el primer número de esta nueva época de la *Revista de la Universidad de México* sobre Cortázar?:



Darío Jaramillo



Veo que me voy metiendo en un hueco metafísico propiciado por el propio Cortázar.

Ahora, después de pensarlo un poco, me doy cuenta que Darío Jaramillo y yo nos metimos sin querer, a través de la burda línea de una teléfono, en un hueco metafísico que sólo podía haber sido propiciado por el propio Cortázar. Ni duda cabe. ▮